

# Caos urbano y la movilización social

Publicado en Riata No. 3, agosto – septiembre de 2013

El modelo económico imperante ha privilegiado la lógica del mercado en el proceso de transformación de nuestro centros urbanos, principalmente en la capital, a lo que se suma la frágil institucionalidad objeto de la corrupción cómplice de autoridades y la avaricia de empresarios-políticos inescrupulosos, provocando el caos urbano, la destrucción del ambiente, del patrimonio histórico, el desmejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos, en especial los de la clase media y popular. Esta situación ha originado la movilización ciudadana, opuesta a la voracidad del capital y a las políticas gubernamentales erradas. A esta incipiente movilización se ha sumado la crítica hecha por profesionales del país, tal como lo ha hecho en diversos artículos la arquitecta Magela Cabrera en la prensa local.

El crecimiento de la capital se expande de forma desordenada en base a los intereses especulativos de inmobiliarias, inversores privados y constructores, en vez de ser el resultado de planes de ordenamiento. El desbalance entre infraestructura y densidad se muestra en Bella Vista, Obarrio (Ave Samuel Lewis y calle 53), en parte de San Francisco y Betania (Las Mercedes), en Punta Paitilla y Punta Pacífica. El deterioro ambiental por la construcción de la Ciudad de las Artes sobre 12 hectáreas, en los Llanos de Curundú (zona de amortiguamiento del Parque Metropolitano) y los estacionamientos de la Corte Suprema (que afectan el área boscosa del Cerro Ancón).

A pesar de la existencia de instrumentos legales para regular el crecimiento de la ciudad asegurando el uso de la tierra según sus capacidades y garantizando la calidad de vida para los ciudadanos, estos en la práctica, son ignorados total o parcialmente.

Como resultado tenemos una ciudad caótica con una permanente congestión de tráfico, donde en vez de favorecer al peatón se impulsan acciones para permitir más automóviles y se eliminan áreas públicas y verdes. Donde son escasas las áreas de estacionamientos se importan cada vez más automóviles. Una ciudad cuya infraestructura básica -agua, alcantarillados, luz eléctrica-, es insuficiente para servir a las altas densidades que concentran los nuevos edificios altos. Y donde se reproduce incesantemente la inequidad social y la segregación urbana, patentes en proyectos residenciales de sólo 36 m<sup>2</sup> en zonas marginales de la ciudad donde las condiciones del entorno urbano son, entre otras, las causas de la violencia y la inseguridad que nos abruma.

Ampliar los intereses preferenciales beneficiará a la industria de la construcción y a aquellos que puedan pagar 100 mil por su vivienda; el mejoramiento del Parque Urracá, favorecerá a sus vecinos y elevará el valor de las propiedades adyacentes, ya largamente beneficiadas con la construcción de la Cinta Costera -ambos proyectos pagados con recursos estatales-. Ciertamente es necesario densificar la ciudad para optimizar los servicios que ofrece, pero ese proceso debe ir acompañado del equipamiento e infraestructura necesaria. También es bueno que la ciudad posea parques bien equipados, sin embargo deberíamos tener parques y espacios públicos de calidad en todos los corregimientos.

Desde hace años los ciudadanos escuchamos que no hay suficientes recursos para las inversiones en la ciudad, sin embargo el endeudamiento público crece exponencialmente y se dirige a proyectos que no son los prioritarios para asegurar el bienestar de las comunidades. Mientras que la inequidad en la distribución de la riqueza en el país se destaca como una de las mayores del continente, y se mantiene una creciente ocupación del suelo urbano de forma informal, la especulación inmobiliaria es imparable, junto a una permanente incapacidad de los sucesivos gobiernos para asegurar vivienda, equipamiento urbano y servicios a los que tiene derecho la población.

El descontento social es mayor por el costo excesivo de los proyectos llave en mano, y por la afectación de las zonas verdes, así como las sospechosas autorizaciones de construcciones -gracias a los arbitrarios cambios de zonificación que aprueba el MIVIOT- que violan las regulaciones en áreas residenciales.

Con esos antecedentes, pareciera urgente para planificar y construir nuestras ciudades, analizar y emular modelos exitosos de las ciudades de la región -incluidas las de Estados-Unidos- que promueven ciudades sustentables e incluyentes y que impulsan gestiones que tienen, al menos, cuatro elementos comunes.

1. Cumplimiento irrestricto de normas, entre otras, relativas a porcentajes de espacios públicos obligatorios y características de infraestructura en función a las densidades permitidas.
2. Aplicación justa y masiva de impuestos a la propiedad inmobiliaria- impidiendo la evasión de los más ricos-.
3. Cobro de un porcentaje de las plusvalías generadas por inversiones públicas a las propiedades privadas, -por ejemplo las del Parque Urraca, la Cinta Costera y las futuras estaciones del metro, solo por mencionar las más recientes-.
4. Fiscalización ciudadana para asegurar el buen uso de recursos obtenidos y que deben ser reinvertidos por los municipios para construir espacios públicos e infraestructuras necesarias para todas las zonas de la ciudad, especialmente las más necesitadas.

Superar la insuficiente consciencia sobre esta problemática y articular el movimiento social, posibilitaría la construcción de una ciudad inclusiva, basada en valores que sometan al mercado, en vez, de servirlo.